

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

# FILOSOFIA

Y

# LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD  
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

## 20

*OCTUBRE-DICIEMBRE*

1945

IMPRESA UNIVERSITARIA

# **UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO**

Rector:

LIC. GENARO FERNÁNDEZ MAC GREGOR

Secretario General:

LIC. EDUARDO GARCÍA MÁYNEZ

## **FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS**

Director:

DR. SAMUEL RAMOS

# FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE  
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA  
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO.

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR:

*Eduardo García Máynez.*

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71.  
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país . . . . .	\$7.00
Exterior . . . . .	dls. 2.00
Número suelto . . . . .	\$2.00
Número atrasado . . . . .	\$3.00

## Sumario

### UN LUSTRO DE FILOSOFIA, LETRAS E HISTORIA EN MEXICO

	Págs.
Eduardo Nicol . . . . .	—
	—
<i>Cinco Años de "Filosofía y Letras"</i> . . . . .	141
José Gaos . . . . .	—
	—
<i>Cinco Años de Filosofía en México</i> . . . . .	145
Edmundo O'Gorman . . . . .	—
	—
<i>Cinco Años de Historia en México</i> . . . . .	167

#### FILOSOFIA

Juan David García Bacca . . . . .	—
	—
<i>Sobre el concepto formal y objetivo de SER</i> . . . . .	187
Oswaldo Robles . . . . .	—
	—
<i>Fray Tomás Mercado, O. P. Traductor de Aristóteles y Comentador de Pedro Hispano en la Nueva España del siglo XVI</i> . . . . .	203

#### LETRAS

Ferrán de Pol . . . . .	—
	—
<i>Jacint Verdaguer (1845-1902). En el primer centenario de su nacimiento</i> . . . . .	219

#### HISTORIA

Julio Jiménez Rueda . . . . .	—
	—
<i>Astrólogos y Quirománticos en la Nueva España</i> . . . . .	233
Varios . . . . .	—
	—
<i>Sobre el Problema de la Verdad Histórica</i> . . . . .	245

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

*Filosofía*

	Págs.
Juan David García Bacca . . . . .	<i>Vida y Poesía.</i> (Wilhelm Dilthey.) . . . . . 275
Juan Roura-Parella . . . . .	<i>Psicología y teoría del conocimiento.</i> (Wilhelm Dilthey.) 277
José Fuentes Mares . . . . .	<i>Filosofía en metáforas y parábolas.</i> (Juan David García Bacca.) . . . . . 280
Juan Manuel Terán . . . . .	<i>La teoría egológica del Derecho y el concepto jurídico de Libertad.</i> (Carlos Cossio.) 283

*Letras*

Ferrán de Pol . . . . .	<i>Juan Ramón Jiménez en su obra.</i> (Enrique Díez-Canedo.) . . . . . 287
Ferrán de Pol . . . . .	<i>Letras de América.</i> (Enrique Díez-Canedo.) . . . . . 288
Ferrán de Pol . . . . .	<i>Poemas de las islas invitadas.</i> (Manuel Altolaguirre.) . . 290

*Historia*

Agustín Millares Carlo . . . . .	<i>Boletín del Instituto Caro y Cuervo</i> . . . . . 293
Manuel Fernández de Velasco . . . . .	<i>Las huellas de los conquistadores.</i> (Carlos Pereyra.) . . 294
José Ignacio Mantecón . . . . .	<i>Ensayos sobre la colonización española en América.</i> (Silvio Zavala.) . . . . . 296
Rafael Heliodoro Valle . . . . .	<i>Notas y Noticias de América</i> . 297
Noticias . . . . .	303
Publicaciones recibidas . . . . .	305

## Sobre el Problema de la Verdad Histórica

Organizadas por la Sociedad Mexicana de Historia, se celebraron en el Colegio de México, durante el mes de junio del presente, tres sesiones dedicadas a debatir el tema que encabeza estas páginas. (Véase en el artículo de Edmundo O'Gorman, *Cinco Años de Historia en México*, 1 parte, al final, que se inserta en este número de *Filosofía y Letras*, el relato de los antecedentes de dicha junta.) El texto que se da a continuación lo constituyen las ponencias que se presentaron por escrito y algunas noticias sobre las diversas intervenciones efectuadas durante los debates.

### PRIMERA SESION

*El señor Rubio Mañé*, como Secretario de la Sociedad Mexicana de Historia, abre la sesión y propone como presidente de la misma al doctor *Rafael Altamira*.

*El licenciado Edmundo O'Gorman*, después de explicar los antecedentes que originaron la idea de celebrar estas sesiones, da lectura a su Ponencia, titulada:

### CONSIDERACIONES SOBRE LA VERDAD EN HISTORIA

*"La historia es enterrar muertos para vivir de ellos." (La agonía del Cristianismo. Unamuno.)*

1. El propósito de esta breve ponencia es ofrecer al debate unas cuantas ideas acerca del modo en que debe entenderse el problema de la verdad

en Historia. Cumpló así con el compromiso contraído en una discusión pública que sostuve con el señor Silvio A. Zavala en una de las sesiones del Seminario sobre Métodos de Enseñanza de la Historia, recientemente celebrado en México.

No pretendo exponer nada que pueda llamar original mío: apoyado en las huellas que me dejaron muchas lecturas (Ortega merece especial mención) y en recuerdos de gratísimas conversaciones con mis amigos, he intentado contrastar, en los supuestos más íntimos, la postura tradicional cientificista y la postura contemporánea historicista, conformándome con presentar en forma esquemática la cuestión que va a debatirse.

2. Nuestra época, como todas las épocas llamadas de crisis, presenta el espectáculo de una lucha violenta entre unas creencias que constituyen la tradición inmediata y otras creencias que forman el nuevo programa. Estas pugnan por substituir a aquéllas, comenzando por una crítica demoledora de las implicaciones y supuestos en que se fundan y proponiendo a su vez una nueva aventura espiritual. En nuestro día la pugna se manifiesta en toda su crudeza en el campo de la historia, porque, precisamente, la postura contemporánea, hostil a la tradición, consiste en tener conciencia de lo histórico en un sentido nuevo y radicalmente revolucionario.

La postura tradicional que, en cuanto tal, pugna desesperadamente por mantener la vigencia de sus postulados y de sus métodos, ha perdido, no obstante, el apoyo de la veneración que venía usufructuando. Esa postura, en términos generales, consiste en el esfuerzo por asimilar la historia a las disciplinas científicas, y primariamente a las ciencias físicas y naturales. Esto quiere decir que se ha intentado constituir la historia en ciencia rigurosa, fundamentándola en idénticos supuestos, aspirando a iguales pretensiones y garantías y empleando los mismos métodos que cualquiera otra de las ciencias. En suma, para esta manera de pensar no hay diferencia esencial entre conocer el pasado humano y conocer cualquiera otra realidad. Se trata, pues, de una escuela que gusta concebirse a sí misma como realista, aunque claro está, a nadie escapa que en ese concepto tan equívoco anda agazapado todo el problema.

Pero si bien se examina ese intento de asimilación o identificación entre esa realidad que es el pasado humano y cualquiera otra realidad (la física, por ejemplo), se verá que el pasado humano, al igual que la luna, resulta una realidad independiente de nosotros, de nuestra vida. Se trata

entonces simple y sencillamente "del pasado", de un pasado cualquiera; pero no de "nuestro pasado". Ahora bien, la enorme y fundamental diferencia que hay entre estas dos maneras de concebir el pasado humano, es la diferencia radical entre la tradición y la postura contemporánea; de ella brota la discrepancia fundamental que trataré de mostrar en el curso de esta exposición.

3. El intento de constituir la Historia en una ciencia supone, ya lo vimos, que el pasado es una realidad esencialmente idéntica a cualquiera otra realidad. Pero como el pasado humano se refiere simple y necesariamente a esa realidad que es la vida del hombre, resulta que hubo de suponerse también que la vida humana es ella, a su vez, una realidad esencialmente idéntica a cualquiera otra, y en efecto, eso es lo que se supuso y lo que durante muchos siglos se ha venido suponiendo.

Todos sabemos que semejante supuesto descansa en la creencia de que nuestro ser, el ser humano al igual del ser de todas las cosas es algo fijo, estático, previo, siempre el mismo, invariable. En eso, se dice, consiste precisamente su identidad esencial con las demás realidades, y por eso se ha venido hablando sin dificultad, desde Aristóteles y aun mucho antes, de la naturaleza de la piedra, de la naturaleza del animal y de la naturaleza del hombre, como si se tratase en esencia de un mismo concepto.

Saquemos ahora la conclusión provisional que nos interesa más directamente. Si se cree que el hombre tiene un ser fijo, estático, previo o invariable, síguese necesariamente que su pasado ni le va ni le viene; es un puro accidente; le es radicalmente indistinto, en suma, le es ajeno. Y así es como queda aclarada mi afirmación de que para la postura tradicional científicista en Historia, ese pasado que estudia y que intenta conocer es algo independiente al ser del hombre, y más concretamente, al ser del historiador. No se trata pues, como dije, de "su pasado", sino "del pasado", de un pasado cualquiera.

4. Las consecuencias que resultan de este modo de pensar son tan monstruosas como obligatorias. Como el pasado humano se concibe como una realidad radicalmente indiferente a nuestro ser; como nuestro pasado es algo que nos es esencialmente ajeno, la tarea del historiador queda necesariamente sujeta a dos exigencias o pretensiones capitales. La primera consiste en la tradicional pretensión de la imparcialidad del historiador. ¡Claro! Puesto que el pasado humano le es ajeno, el historiador está

obligado a portarse respecto de él con total y absoluta indiferencia, que a eso y no a otra cosa se reduce la llamada imparcialidad. La segunda exigencia es la de pretender conocer en *su totalidad* el pasado humano. En efecto, puesto que el pasado es una realidad independiente, todos y cada uno de los hechos del pasado, desde los más importantes hasta el más mínimo detalle, reclaman con idéntico derecho el ser conocidos en la visión total del saber histórico. Cualquier omisión, intencional o no, es ya una selección indebida, porque equivale a permitir que intervengan las circunstancias personales del historiador, con notoria violación, inconsciente o no, de la exigencia de su estricta imparcialidad. Aquí se explica el por qué de ese fetichismo todavía tan en boga por descubrir documentos inéditos y por aportar datos desconocidos, sea cual fuere su contenido.

Aspira, pues, la escuela tradicional a lo que Ortega (creo que en *Prólogo a una Historia de la Filosofía*) ha llamado una "visión completa", a diferencia de lo que ha calificado de "visión auténtica". Consiste aquélla en una visión del pasado humano, totalmente separada o independiente de las preocupaciones y de las circunstancias vitales del presente; visión cuya veracidad está en relación directa con la suma total de los hechos averiguados. A mayor número de datos averiguados, más completo, es decir, más verdadero el conocimiento del pasado. Pero como obtener el gran total de todos y cada uno de los hechos del pasado es un imposible, si sólo fuera porque el tiempo mismo se ha encargado de destruir las fuentes de información de una enorme cantidad de hechos, la verdad histórica que tan afanosamente persigue la escuela tradicional es absolutamente inalcanzable. Se trata siempre de una verdad fragmentaria, de una aproximación que en todo momento está sujeta a ser rectificada por la posible aparición de nuevos datos, y en consecuencia, lo que para esta escuela se llama interpretar los hechos, no es sino la operación mecánica de reajuste o rectificación, de la suma siempre provisional de lo ya averiguado. En una palabra, se trata de una verdad siempre diferida e indefinidamente proyectada hacia el futuro. Pero lo malo, entre otras cosas, es que esa verdad *no es* una verdad, porque conocer algo es siempre referencia al presente, o lo que es lo mismo, referencia a nuestra vida, que es para nosotros la verdad radical. Los supuestos de la escuela tradicional ponen al hombre en la falsa coyuntura de conformarse con una verdad que no podrá jamás poseer; pero esta exigencia es un absurdo vital, una mentira radical que, por eso,

produce un tipo de historia inhumano y un tipo de historiador deshumanizado. ¿Puede pedirse algo más monstruoso?

5. En algún párrafo anterior afirmé que la discrepancia básica entre la postura contemporánea y la escuela tradicional (cuyos supuestos y consecuencias acabo de examinar) estriba en la manera distinta de conceptualizar el pasado. Para la tradición, según se mostró ampliamente, se trata de una realidad independiente del hombre; para la postura contemporánea, en cambio, el énfasis está en considerar que el pasado es algo nuestro, que es "nuestro pasado".

Lo decisivo, pues, será precisar en qué sentido hemos de entender esta última afirmación. Pues bien, el pasado humano no es un pasado cualquiera; es lo que le ha pasado al hombre y por eso, suyo entrañablemente. Pero no suyo a la manera en que decimos que una casa o un objeto, por ejemplo, son de su propiedad, sino suyo en cuanto que involucra a su ser. Porque adviértase que decir lo que le ha pasado a un hombre, es decir lo que ese hombre es, y, en definitiva, nosotros somos lo que somos, precisamente porque hemos sido lo que fuimos. El pasado humano, en lugar de ser una realidad ajena a nosotros es *nuestra* realidad, y si concedemos que el pasado humano existe, también tendremos que conceder que existe en el único sitio en que puede existir: en el presente, es decir, en nuestra vida. La conclusión fundamental a que ha llegado el pensamiento contemporáneo por estos caminos es revolucionaria respecto a la vieja tradición que ha venido concibiendo al hombre como un ente dotado de un ser fijo, estático, previo e invariable. "El hombre", dice Ortega (*Historia como Sistema*) "no es, sino que *va siendo* . . . y ese *ir siendo* (que es una expresión absurda) es lo que llamamos vivir." Por eso el Maestro concluye que no debemos decir "que el hombre *es*, sino que el hombre *vive*".

Ahora bien, si se admite que la realidad radical del hombre es su vida, y por lo tanto que el pasado humano (no se entienda esto en un sentido puramente individual) es en parte esa realidad radical; la tarea del historiador se habrá liberado de una vez por todas de la famosa pretensión de imparcialidad. En efecto, puesto que conocer el pasado es conocimiento de sí mismo, malamente puede justificarse ni menos exigirse esa fría, inhumana, monstruosa indiferencia que la imparcialidad supone. Por lo contrario, hay que admitir con franqueza y alegría que el conocimiento histórico es parcial, el más parcial de todos los conocimientos, o lo que

es lo mismo, que es un conocimiento basado en preferencias individuales y circunstanciales; en suma, que es un conocimiento producto de una selección, el conocimiento selecto por excelencia. Las preferencias del historiador son las que comunican sentido pleno y significatividad a ciertos hechos que, por eso mismo, son efectivamente los más importantes, los más históricos, y en definitiva los más verdaderos. Y no se diga que esta operación selectiva es arbitraria, a no ser que se afirme a la vez que la vida humana es para el hombre una arbitrariedad; lo que en todo caso es un grandísimo disparate. “Pasa el Cuarto Evangelio (San Juan) —dice Unamuno— por ser el menos histórico en el sentido materialista o realista de la Historia; pero en el sentido hondo, en el sentido idealista y personal, el Cuarto Evangelio, el simbólico, es mucho más histórico que los sinópticos, que los otros tres. Ha hecho y está haciendo mucho más la historia agónica del cristianismo” (*Agonía del Cristianismo*, VII). He aquí un ejemplo que ilustra, bajo la autoridad de uno de los pensadores contemporáneos más profundos, eso de la significatividad de los hechos y de las fuentes históricas.

A diferencia, pues, de la “visión completa” (abstracta) postulada por la escuela tradicional, búscase una “visión auténtica” (concreta) cuya autenticidad estriba, precisamente, en que brota de la referencia a nuestra vida; visión que sólo es válida para ella, pero para ella verdadera puesto que conocer es función interna a la vida y no independiente de la vida. Esta visión auténtica, en cuanto que lo es, es la única capaz de aprehender esa radical realidad de la que nuestro pasado es parte y de la que insensiblemente nos separamos cada vez más a medida que el conocimiento formal de lo abstracto con que pretendemos sustituirla se hace más espeso e impermeable.

El saber histórico no consistirá ya en una suma de hechos que, una vez “descubiertos”, se consideran definitivamente conocidos; consistirá ahora en una visión cuantitativamente limitada, pero auténtica en cuanto que se funda en una serie de hechos significativos por sus relaciones con el presente y con nuestra vida. Y el método histórico no será ya ningún método de los empleados en las ciencias naturales; no será el método de la simple acumulación de lo “averiguado”, sino que será el método narrativo, único verdaderamente capaz de dar razón de la vida humana, de nuestra vida, nuestra verdadera realidad. Este dar razón de la vida humana es lo que yo llamo historiar. Podemos concluir, pues, que verdad en Histo-

ria no es otra cosa sino la adecuación del pasado humano (selección) a las exigencias vitales del presente.

6. No se crea que el contenido de esta última afirmación es una teoría más; es un hecho. Un hecho que el examen más superficial de la Historiografía documenta con gran abundancia. Si lanzamos una mirada sobre el conjunto del esfuerzo humano por comprender su propio pasado, nos enfrentamos con un espectáculo singular. Vemos, en efecto, que los mismos acontecimientos revelados por los mismos documentos se narran de muy diversas maneras. Es decir, vemos, si vemos lo que realmente vemos, que cada generación siente la necesidad de escribir su historia, la historia de su pasado; pero naturalmente, escribirla desde su punto de vista, es decir, desde su peculiar situación o circunstancia. Cada generación tiene la necesidad ineludible de enfrentarse con su pasado, su realidad vital, y por lo tanto, cada generación pronuncia su verdad, que es la verdad *histórica* de los hombres que compusieron esa generación; verdad que, por lo mismo, no puede ser, aunque lo pretenda, la verdad de otras generaciones, ni anteriores ni venideras, pero que, no obstante, es verdad verdadera.

La postura contemporánea cuyos fundamentos he querido esbozar en este escrito, es la única que explica o da razón de ese espectáculo, de ese hecho, y es porque la postura contemporánea consiste precisamente en tener conciencia histórica. Mientras la escuela tradicional cientificista no pueda a su vez dar razón de un modo igualmente satisfactorio de ese espectáculo, de ese hecho histórico innegable, estamos obligados a suscribir la postura contemporánea historicista.

Se verá claro que la cuestión a debate puede y debe reducirse a lo siguiente: si se concibe el pasado como una realidad independiente a nuestro ser, tendrá razón la escuela tradicional; si en cambio, el pasado se concibe como realidad de nuestro ser en el sentido radical que he insinuado, entonces, la postura contemporánea tendrá que admitirse. Sin embargo, me pregunto ¿habrá aún quien se atreva a sostener en serio que el pasado no es "nuestro pasado", sino que es un pasado cualquiera?

*El doctor Rafael Altamira.* Yo soy, por razón de ideas, un hombre ya casi del pasado; por lo menos debo de ser un hombre de la antigua escuela, pues en todo lo que he escrito como historiador he tomado ante el problema la postura que hoy se da como característica de la escuela tradicional de la historia; pero además, hay una porción de notas que se presentan

como representantes de esa historia con las que no estoy conforme. En primer lugar yo he pensado siempre, y lo he pensado por experiencia, que no por filosofía, que el hombre es el ser dotado de mayor número de posibilidades y posiciones y de cambios en ellas; por lo tanto, no tiene la seguridad de ser previsto ningún acto de ningún hombre, porque nadie puede saber por dónde va a salir. Pero recuerden ustedes que esta misma posición es hoy día la de los fenómenos de las ciencias físicas y naturales, porque la física moderna ya no cree que las cosas de la naturaleza han de ser eternas como hasta ahora las hemos visto. El ser naturaleza ha mostrado que es tan variable como el hombre. Pero lo que me ha preocupado principalmente en el estudio de la historia es llegar a averiguar alguna cosa con fundamento; pero también las fuentes del conocimiento histórico son fuentes que no se han agotado todavía, por lo menos en algunos casos, y nos reservan muchísimas sorpresas. Yo he creído también que la única verdad histórica es la verdad que se ha podido comprobar, pero eso no quiere decir que sea la verdad para todos los siglos de los siglos. Exactamente lo mismo pasa en las ciencias naturales; la verdad adquirida de este modo lleva una ventaja, y es que las ciencias de ese género, las ciencias de la naturaleza en general, pueden usar las hipótesis, y han cambiado la posición de muchos fenómenos de la naturaleza. El historiador no puede usar la hipótesis para nada. Lo que me ha preocupado a mí es averiguar con una serie de pruebas o fuentes que me satisfagan por el momento, la verdad que hoy puedo conocer. Pero yo me pregunto si no hay una cosa humana que se estacione: lo humano es algo que se está haciendo siempre. Con la meditación y, a través de los años, con el aumento de la responsabilidad, no se cierra el espíritu a las nuevas ideas y a los nuevos movimientos, que ese es el fundamento en el oficio histórico. Ahora, el problema de la verdad histórica plantea el problema de distinguir entre historia e interpretación. En la interpretación interviene la ideología del sujeto y su orden de los valores. Pero vuelvo a hacer la misma pregunta: ¿Hay acaso algo en que la intervención de la persona no sea ya una introducción de elementos ajenos a los hechos mismos?

La objetividad en la historia consiste en ponerse en una posición desde la cual lo mismo dé que aquellos hechos hayan existido. La objetividad consiste en que, cuando se ha estudiado una serie de hechos históricos, no se diga de ellos sino lo que se ha encontrado, no se presente sino lo que ellos están diciendo, no prefiriendo ningún juicio sobre su ideología.

Si llegamos al escepticismo de la imposibilidad de obtener una verdad histórica, por encima de todas las limitaciones que lleva la posibilidad de nuevas fuentes, hacemos más caso de nuestro juicio y nuestro conocimiento, lo que nosotros decimos que es nuestro conocimiento, que de la realidad tal como se ofrece en los actos mismos de la vida humana. ¿Qué diferencia fundamental hay entre un historiador y un juez en cuanto a la verdad de los hechos? El juez procura enterarse de la verdad de los hechos y sobre esta base fundarse para dar su veredicto, o su juicio, para el cual cuenta con la ley. Pero si llevamos nuestro pesimismo a la manera y crudeza que se nos pide muchas veces, nos encontramos con que no creemos en la justicia humana en el sentido de tener confianza en el juez, en el hombre que merece ser juez. Yo he sido siempre un hombre contrario a los sistemas. He dejado a mis alumnos que usen de los programas a su albedrío, pues en realidad a Roma se va por muchos caminos.

*El licenciado O'Gorman.* Quisiera tratar de concretar la discusión sobre alguno de los puntos de tal tema.

A mí me parecen bien todas las consideraciones que ha hecho el doctor Altamira; la primera estuvo de acuerdo conmigo; en otra tocó un punto que me parece de toda consideración. La cuestión capital de la objetividad. Usted fundaba esta opinión, diciendo que lo importante era decir o narrar aquello que dicen las fuentes, los documentos, etcétera. Pero yo creo esto: que los documentos son hechos y a veces contradictorios. Entonces la cuestión de la objetividad se viene por tierra. Además, un historiador ve los documentos y escribe su historia; pero otra persona con la misma buena fe, ve esas mismas fuentes y difiere en opinión de la anterior. No sólo difieren a veces las fuentes. También difieren las interpretaciones de los hechos más comprobados. Y no sólo entre dos historiadores, sino en el mismo historiador, en dos momentos diferentes de su vida.

El doctor Alfonso Caso tomó la palabra a continuación. Pero sus puntos de vista sobre la verdad histórica los resumió en una ponencia escrita que leyó en la 2ª sesión, y que se incluye en el lugar correspondiente.

Tomaron además la palabra en esta sesión el doctor Isso Brante Schweide, el doctor Francisco Barnés, el doctor Kirchhoff, el doctor Gaos y el doctor Medina.

En sus últimas etapas, la discusión empezó a centrarse en torno de las cuestiones fundamentales. Del problema de la verdad histórica, de la objetividad, y de la honestidad del historiador, se pasó al problema del concepto de la historia misma. La afirmación del doctor Caso de que el historiador es un poeta, encuentra la aquiescencia del doctor Gaos. Este afirma que ante un hecho histórico no sólo puede haber dos interpretaciones distintas y sucesivas por parte de un historiador, sino que el hecho mismo ha cambiado, en tanto que hecho histórico, y sólo permanece igual en tanto que hecho físico: documento, monumento, etc. Con la intervención del doctor Medina se aclara la posición de los principios respectivos, que derivan de doctrinas opuestas. Estas son, en definitiva, el historicismo y el científicismo. El doctor Medina habla de las categorías que se emplean en el menester histórico y que pueden dar fijeza o solidez a los resultados que en él se obtienen.

#### SEGUNDA SESION

Se nombró presidente de la misma al doctor Alfonso Caso. Acto seguido lee su ponencia:

#### NOTAS ACERCA DE LA VERDAD HISTORICA

1. Es indudable que el problema de la verdad, en materia histórica, no es un problema histórico, sino filosófico, es cuestión epistemológica, que queda comprendida dentro de la gran interrogación: ¿Qué es la verdad?

2. Desde un punto de vista epistemológico tendremos que plantearnos estas preguntas:

¿Puede el hombre conocer lo que pasa en su propio espíritu?

¿Puede conocer lo que pasa fuera de él?

La respuesta a estas dos cuestiones, es fundamental para determinar el grado de objetividad que puede alcanzar el conocimiento histórico.

3. Desde luego debemos considerar que el hombre tiene, con relación a la verdad, tres posibilidades: acertar, errar y mentir.

4. Tomemos desde luego en cuenta la última posibilidad, para descartarla definitivamente de nuestras consideraciones, por lo que se refiere al historiador, pero no por lo que se refiere al documento que estudia.

El error del historiador puede ser debido a la malicia del que redactó el documento, usando y aun abusando de la posibilidad de mentir, que el hombre posee en común con todos los seres vivos y que le es tan útil en la lucha por la existencia, para persistir y satisfacer sus necesidades sexuales y económicas (belleza aparente de machos en celo, mimetismos de ataque y de defensa).

5. Podemos decir entonces que no nos ocuparemos sino de los historiadores de *buena fe*; es decir, de aquellos que creen que lo que afirman es verdadero; ya que los otros, los que alteran los documentos o los publican incompletos, mencionando sólo la parte que les sirve para sostener su tesis, o aparentan ignorar la existencia de documentos contrarios, no podemos decir que se equivocan, sino que *mienten*, y es claro que entonces no son historiadores sino falsarios o, si queremos darles un nombre menos duro y más moderno, los llamaríamos propagandistas.

6. El que haya dedicado su vida a la propaganda de una idea, que no escriba Historia. Todos estamos siempre a punto de errar; él está siempre en actitud de mentir. El problema de la objetividad de la verdad histórica se debe en gran parte a que la historia se escribe por los historiadores y también por los propagandistas, y se vuelve crítico, cuando se discute de verdad histórica entre propagandistas de distintas ideas.

7. Eliminada la posibilidad de mentir, nos quedan pues las otras dos, la de acertar y la de errar. El historiador de *buena fe* puede entonces captar una verdad o incurrir en un error; pero con el fin de poder fijar un criterio, para saber si el historiador acierta o se equivoca, veamos primero cuáles son las etapas en la elaboración del conocimiento histórico.

8. La primera fase en esta elaboración es la formulación del hecho histórico. Se engaña sin embargo quien crea que el historiador es puramente pasivo ante el hecho histórico. En primer lugar, no es posible actualmente un historiador universal. El historiador selecciona su campo por historiar y *a priori* concentra arbitrariamente el foco de su interés en un hombre, un país, una época, una cultura, un aspecto social, etc. El hecho histórico queda ya determinado entonces por el interés del historiador y no por el *interés humano*, que es lo que podríamos llamar objetivo, pues objetivamente, es decir fuera del espíritu, no hay hechos interesantes.

9. En segundo lugar el hecho histórico no es perceptible por los sentidos (si lo es, no es histórico), sino que se encuentra narrado en uno o varios documentos y generalmente la narración no es idéntica en todos ellos,

y frecuentemente es contradictoria. Viene entonces un trabajo de extraordinaria importancia en el historiador. Primero tiene que hacer un análisis de las fuentes y valorarlas, para saber a cuáles puede otorgar mayor confianza. Esta estimación puede fundarse en la posibilidad de información que haya tenido el autor del documento, en su cultura, en su inteligencia para percibir el hecho, en su interés al relatarlo y, por último, o si se quiere como punto previo, en la autenticidad del documento.

Todavía una segunda parte para la fijación del hecho histórico, es la tarea a la que se dedica el historiador, de deducir las consecuencias que se derivarían de las diversas posibilidades, y comprobar si ocurrieron o no. Supongamos que se trata de determinar una fecha, entre dos que se señalan como probables y que son mencionadas en dos fuentes distintas o quizá en la misma fuente; el historiador establecerá una cronología, haciendo notar que si se admite una de esas fechas, es imposible o improbable que otro acontecimiento hubiera ocurrido en la fecha en que sabemos que ocurrió. Cuantos se han dedicado a escribir historia, saben la importancia que tienen estas deducciones que dependen de la sagacidad del historiador. Vemos entonces que, simplemente para fijar el hecho histórico, el historiador interviene de un modo definitivo con sus conocimientos, con su facultad de selección y con su sagacidad.

10. Pero supongamos que el hecho histórico ya ha sido fijado y que dentro de la probabilidad a la que está sujeto todo lo histórico, podemos considerarlo como verdadero; todavía nos falta la explicación de este hecho por sus causas (que en lo histórico prefiero llamar *antecedentes*); la relación de este hecho con los otros pasados, contemporáneos o posteriores; la crítica *ética* de las condiciones que lo produjeron y de los hombres que lo realizaron y, por último, su valor como antecedente capaz de explicar el proceso de un espíritu, un pueblo, una cultura, una ciencia o una técnica.

11. Supongamos que el hecho en cuestión, es la caída de Tenochtitlán en poder de Cortés el 13 de agosto de 1521, día de San Hipólito. Lo primero que hay que determinar es si fué el 13 de agosto o el 12, día de Santa Clara, que por no estar su nombre en el calendario y "tabla general del rezado" se pasó al día siguiente, como dice Torquemada. ¿Preferimos en este caso el dicho de Cortés y Bernal Díaz o el de Torquemada? Claramente se ve que tenemos que hacer un análisis de las fuentes. Supongamos que hemos admitido como *más probable* la fecha 13 de agosto, por ser ésta la fecha que mencionan las fuentes que nos merecen más crédito, y que se

trata de explicar ahora este hecho histórico: la caída de Tenochtitlán y con ella el derrumbamiento del llamado Imperio Azteca.

¿Cuáles fueron las causas o antecedentes que produjeron este hecho y, si son varias, en qué medida intervinieron en su producción? ¿Fue la decadencia de Motecuhzoma, aterrorizado ante los presagios, y paralizando con su terror la voluntad de su pueblo; fue la revancha de las naciones indígenas sojuzgadas, en contra del imperialismo azteca, que vieron la oportunidad de sacudir un yugo, sin medir la posibilidad de caer en otro? o bien, ¿fue la superioridad de una utilería guerrera, representada por los caballos, el hierro y la pólvora; o el genio diplomático y militar del Capitán, o el intento de Velázquez que, pretendiendo destruir a Cortés aumentó sus huestes, o como creían los cándidos cronistas, un designio divino que inexorablemente había de realizarse en el día y hora fijado desde toda la eternidad?

La importancia que se dé a cada una de estas causas, y a las fortuitas que intervienen también en todo hecho histórico, marcará la personalidad del historiador. Así el panegirista de Cortés atribuirá todo el honor y la gloria al Capitán, con disgusto de Bernal Díaz y regocijo de Gómara, y otro dirá cómo la utilería europea es la causa de la victoria, y no faltará quien haga intervenir el Apóstol Santiago, montado en un caballo blanco, como causa determinante de la Conquista.

¿Cuál sería en este caso la verdad objetiva? ¿No dependerá la importancia que un historiador conceda a una causa, de la importancia que tenga esta causa en él mismo, en su clase, en su época, en su cultura? Un hombre sórdido, que sacrifique afectos e ideales por ganancias materiales, no estará dispuesto a conceder que hubo actos generosos que fueron capaces de crear hechos históricos. Sócrates bebiendo la cicuta o Cristo muriendo en la cruz, serán para él incómodos hechos históricos, casi inexplicables. ¿Podrá un historiador liberal y burgués de nuestro siglo entender lo que representaba la limpieza de sangre en la Europa feudal? Y por entender quiero decir sentir, más que concebir. ¿Podremos los ateos entender la importancia del sentimiento religioso en las culturas asiáticas y americanas? ¿Daremos a estos antecedentes la importancia que realmente tuvieron?

12. Lo que se puede pedir al historiador no es que diga lo que *realmente pasó*, pues esto nadie puede afirmarlo; sino que abandonando hasta donde pueda sus propias ideas, prejuicios o intereses, procure adentrarse

e identificarse con el mundo que nos revive y explica. Y será gran historiador si logra hacerlo; pero nunca podremos estar seguros de que lo ha realizado.

Quiere esto decir que la historia debe escribirla el contemporáneo del hecho que narra; la mejor historia es la crónica. El cronista tiene las mismas ideas, sentimientos y prejuicios de la época en la que el acontecimiento sucede; pero precisamente por eso, está en una situación muy desfavorable para valorar los antecedentes de los fenómenos. "Padece bajo el poder de la moda" y creará que un bello discurso provocó una situación histórica o que las curvas estadísticas sobre los precios del carbón, el acero y el petróleo, explican por qué los jóvenes dejan sembrados sus cuerpos en los campos de batalla.

Ni siquiera el documento privado, que no se escribió con el fin de hacer historia, es objetivo; indica solamente lo que creyó el autor del documento sobre un hecho, un hombre, una acción, y hasta sobre él mismo. ¿Habrà alguien que no esté más o menos atacado de *bovarismo* y que se conciba realmente como es? Pues si nos engañamos con frecuencia sobre el motivo de nuestras propias acciones, ¿cómo podremos estar *seguros* de los motivos que tengan nuestros prójimos, sobre todo cuando nuestros prójimos son tan lejanos? La verdad histórica, volvemos a comprobarlo, es sólo probabilidad.

13. Pero todo hombre que conoce las acciones de otro, las juzga. Además del *ser* que sucedió (¿cómo y por qué?) está el *deber ser* (¿debió suceder?). Todo historiador, quiéralo o no, es un juez —como decía el doctor Altamira la otra noche—, ¿pero aplicará para juzgar una ley derogada o la ley actual? ¿Aplicará para juzgar sus prejuicios de familia, de clase, de nación, de cultura, o juzgará con los prejuicios de la época, de la clase social, de la cultura a la que pertenecía el rey, el héroe, el santo o el mártir que está juzgando? ¿Alabará al que defendía la autonomía del feudo o al rey que trataba de destruir los feudos? ¿Cantará con Kipling loas al Imperio Británico, a la moda victoriana, o su juicio sereno condenará todo imperialismo, a la moda 1918-1943? ¿o propugnará una nueva forma de imperialismo, a la moda 1945?

Si es difícil ser un juez justo, cuando el acusado y el juez admiten la misma moral, cómo no sería difícil (he tachado *imposible*) ser justo, cuando el juez y el acusado hablan idiomas morales separados por siglos de prejuicios.

Aquí también la misión del historiador es comprender y será gran historiador si lo logra, y gran psicólogo, pero no podemos estar seguros de que lo haya conseguido.

Su obligación es *creer* que lo ha conseguido; pugnar por la imparcialidad, por la objetividad. No es historiador el que a sabiendas falsea el hecho; el que oscurece las pruebas; el que determinadamente cierra su espíritu para no comprender los móviles de las acciones de los otros hombres; y si es sincero, debe creer que ha acertado; pero estar convencido de que su reconstrucción es un esquema de lo que realmente sucedió. Y si digo un esquema, no es porque menosprecie la verdad histórica y la considere como algo totalmente diferente de la verdad vulgar o de la científica, sino porque creo que toda verdad es esquemática con relación a su objeto, y lo que en la vida vulgar o en la ciencia es un esquema, por ser una falsa igualación de semejanzas con un fin utilitario, en la historia es una esquematización del hecho histórico, para hacerlo inteligible, para despertar en nuestro espíritu reacciones semejantes a las acciones que fueron sus causas. Esquematizar el hecho para entenderlo, tal es la misión del sabio y la del historiador.

14. Por último, el historiador no se conforma con explicar el hecho histórico por sus antecedentes. Su misión, como la de todo conocimiento, es servir al presente y al futuro. El desea explicar el presente en función del pasado. Desea que los hechos que suceden todos los días queden aclarados por sus antecedentes; porque sabe que la vida que anima el cuerpo de la sociedad moderna está sostenida por el esqueleto del pasado, y que no hay un sólo fenómeno social: lengua, religión, política, derecho, modas, costumbres, virtudes y crímenes, que no pueda explicarse por su historia.

¿Cómo los hechos históricos, los antecedentes históricos han influido en los hechos actuales; qué importancia han tenido las causas sociales e individuales en la producción actual del fenómeno social? Aquí también interviene la personalidad del historiador concediendo mayor o menor importancia a los factores del hecho: el medio, la raza, la guerra, la economía, la religión, los grandes hombres, el espíritu del pueblo o "la nariz de Cleopatra".

El historiador que da profundidad al presente, injertándolo en el pasado y aquél que funde el pasado y el presente en un programa para el porvenir, es el político. Es el que desea prever la trayectoria de su pueblo y modificarla de tal modo que, sin divorciarse del ser, realice el deber de ser.

Es el que tendiendo la mirada sobre los hechos históricos, trata de descubrir en ellos causas permanentes, factores constantes, que al igual de las causas físicas, provoquen resultados siempre iguales; es en suma el que esquematizando el hecho histórico, le hace perder lo que tiene de concreto, de personal, y lo transforma en un caso particular de una ley, que volverá a repetirse, de acuerdo con el principio de causación, cuando se repitan las *misimas* condiciones. Si queremos considerar que su actividad es abstracta, llamémosle *sociólogo*; si queremos insistir sobre su actividad concreta, llamémosle *político*. En uno y en otro caso, su actividad estará fundada en el principio de que causas iguales producen iguales efectos.

Sólo que en la historia, menos que en ninguna otra parte, el principio de la causación nunca se realiza; porque la causa es tan compleja, tan concreta, tan personal, que es histórica; es decir, que a menos de que admitamos la pesadilla del eterno retorno, nunca más volverá a presentarse.

Y no es que yo admita que es más personal y más concreto César que una rosa. Pero la ciencia y la historia las hacemos los hombres y no las rosas, y las infinitas vicisitudes en la vida de la flor, y las complejísimas causas que motivaron el que cayera hoy y no ayer uno de sus pétalos, no nos interesan. La rosa es un objeto de ciencia, puesto que sólo vemos en ella lo general, lo abstracto, aquello precisamente que no la distingue de otros individuos de su especie; mientras que en César nos interesan sus actos y sus pensamientos y es precisamente por ser personales, es decir, diferentes, por lo que caen de un modo individual en el campo de la historia.

O lo que es lo mismo: Ciencia e Historia son dos métodos diferentes de entender la realidad. Aplicar uno u otro de estos métodos no depende del objeto mismo, sino de nuestro interés humano. Podemos si queremos hacer la historia de un guijarro, y podemos también reducir la vida de los hombres, como decía Anatole France, a esta simple frase: "nacieron, sufrieron, murieron"; pero nuestras preferencias individuales serán pueriles, si no coinciden con un amplio interés humano.

Podríamos decir que si Ciencia e Historia son dos métodos diferentes para entender, usamos el método científico, cuando consideramos que los fenómenos no son interesantes individualmente; cuando lo que deseamos es encontrar en ellos sus semejanzas y fundir éstas en la identidad de la ley, a reserva de utilizar más tarde las coeficientes de inexactitud, cuando tratamos de aplicar la ley a la realidad, que de este modo se venga de nuestro esquematismo.

En cambio, cuando lo que nos interesa en el fenómeno es precisamente su individualidad, ya sea que se trate de un hombre, de un país, de una época o de una cultura, las semejanzas que existen entre ese fenómeno y los actuales, incluyendo nuestro propio espíritu, nos sirven para entender el hecho, pues si fuera completamente *sui generis*, no lo entenderíamos; pero sus diferencias, de las que no podemos prescindir, nos llevan a emplear, para conocerlo, el método histórico y no el científico.

¿No hay pues en la historia una verdad objetiva, eterna, inmutable? Así formulada, es una pregunta ingenua. ¿Hay alguna verdad no formal, que sea eterna e inmutable? ¿Debemos entonces proclamar un escepticismo corrosivo y declarar que la verdad histórica no existe, sino que es relativa al historiador a tal punto que hay tantas verdades históricas como historiadores? Así concebida, la pregunta es exagerada. No, no podemos dudar seriamente que Hidalgo era cura de Dolores o que Bucareli fué Virrey de Nueva España. Pero si se trata ya no del hecho histórico, sino de su explicación y valoración, que son actividades *subjetivas*, sería inútil pedir una objetividad absoluta.

Nos parece ahora descubrir que la historia, considerada en grandes períodos, es la realización de la lucha del hombre por alcanzar su liberación. La lucha contra sus enemigos: el hambre, el miedo, la miseria, la explotación, la tiranía, la ignorancia y el fanatismo. Es la suma de los anhelos individuales por ser, por cumplir con lo que en cada hombre hay de humano. Pero no podemos ignorar que durante largos siglos el hombre parece que reniega de sí mismo, que pone en manos de otros hombres su derecho a vivir y a pensar. Creemos descubrir en la historia un sentido no trascendente al hombre, sino inmanente a su propia naturaleza. Puesto que es un ser consciente, pugna por su propio bien, por la afirmación de su personalidad, por la realización íntegra de lo que es humano; por eso lucha contra la miseria y la explotación; contra la ignorancia y los prejuicios; contra la injusticia y la tiranía. Y este es, quizá, el único criterio objetivo en la gran marcha histórica de la humanidad; lo que justificará, a pesar de todo, esta perturbación de la Naturaleza que llamamos: el Hombre.

*El doctor José Gaos.* Resume su punto de vista, expresado en la sesión anterior, leyendo la nota siguiente:

Cada historiador, e incluso un mismo historiador en distintos momentos de su carrera, se encuentra enfrente de distintas realidades históricas,

porque la realidad histórica es dependiente del historiador mismo: es lo que se expresa con la afirmación de que el hecho es construido por la interpretación misma.

Pero ni las distintas realidades históricas, ni siquiera los distintos historiadores, son tan distintos como para que entre ellos no haya unidad alguna. Entre los distintos historiadores, como en general entre los distintos hombres, ha de haber siquiera un mínimo de unidad, sin el cual sería imposible el hecho de que se comunican y entienden, siquiera parcialmente.

La cuestión sería, pues, elaborar una teoría de la unidad y pluralidad de la realidad, incluyendo, naturalmente, los sujetos, capaz de explicar el doble hecho de que estos sujetos en parte coinciden y en parte discrepan. Esta teoría sería la única capaz también de hacer justicia al historicismo y a la vez de superarlo, precisando sus límites y correlativamente aquellos dentro de los cuales es posible una verdad válida para más de un sujeto.

Pero aun cuando no hubiese posibilidad de comunicación alguna, aun cuando se tratase de un Robinsón histórico, no habría razón alguna para rebajar las exigencias de la investigación histórica, para dispensarse de investigar lo más amplia y lo más hondamente posible. También una autobiografía es tanto mejor cuanto más esconde del autor en la realidad de su propia vida con ser ésta una realidad por su propia naturaleza sólo dada o asequible al sujeto correspondiente.

En general, la circunstancia de que una realidad no sea dada o asequible sino a un sujeto no descarga a éste de ninguna de las obligaciones que pueda tener respecto a ella. Así, estamos obligados a curarnos con arreglo a la medicina actual, aun cuando estemos convencidos de que la medicina actual no será la de dentro de un número muy pequeño de años. En este sentido, ningún escepticismo histórico parece más justificado que el escepticismo médico que habría en no querer curarse hoy so pretexto de que la unidad médica de hoy no será la de mañana.

*El doctor Kirchhoff.* El doctor Caso dijo que hay que distinguir tres tipos posibles de hombres. Me parece que también hay que distinguir varios tipos de verdad. No debemos oponernos a la idea de que hay una verdad absoluta; me parece que tanto O'Gorman como Caso se han colocado en una posición con la cual yo no estaría de acuerdo.

Se podría decir que la base de nuestra actitud hacia el universo es que hay una realidad que existe a la cual nosotros tratamos de aproxi-

marnos; pero ésta continua aproximación, por desgracia, no se realiza en línea recta sino dando con frecuencia un paso adelante y dos atrás. Me parece que aquí se plantean dos problemas: por un lado, qué es exactamente lo que queremos saber, qué son esos famosos hechos de que se habla; y por otro, cuál es la finalidad de lo que hacemos.

El doctor Caso manifestó, al dar término a la lectura de sus notas, que con ello dejaba contestado lo dicho por mí la última vez, pero yo creo que no contestó precisamente la cuestión por la relación que existe entre la historia como ciencia y la política. Por consiguiente, espero que vuelva a tratar este punto. Claro que él creyó contestarla en su ponencia, pero me parece que falta todavía aclarar este pensamiento. La primera cuestión, es averiguar cuáles son los hechos que nos dió Caso y otros que se han dado en la última sesión y que eran más o menos por el estilo.

Pienso que es una idea un poco anticuada la de que la historia humana no es comprensible sino concibiéndola como dividida en grandes etapas que tienen determinada estructura económica, estructura social, jurídica y una serie de instituciones, creencias y costumbres que corresponden a este conjunto. El punto básico en mi pensamiento frente a la historia, y los presentes saben muy bien que no soy un historiador sino un etnólogo, es que nuestra aspiración debe ser entender las tendencias históricas dentro de estas grandes agrupaciones de fenómenos, es decir, para usar un término concreto, las tendencias de desarrollo dentro de nuestra sociedad moderna, o lo mismo en otras sociedades anteriores.

Solamente concibo de esta manera el problema de la historia y la búsqueda en el fondo empieza con la verdad. Solamente de este modo podemos llegar a algo que es más que una mera serie de acontecimientos, cada uno conocido por otros hechos, por causas y efectos. Pues lo que necesitamos es encontrar, dentro de determinada característica, una relación de desarrollo. No se trata de considerar la historia como una serie interminable de acontecimientos aislados. La repetición absoluta de acontecimientos, claro es que no existe; yo creo que ya no es necesario combatir esa idea, pues me parece una idea muerta.

Existe el problema fundamental de la búsqueda de la verdad histórica. Esta búsqueda es de la verdad de grandes líneas de desarrollo, dentro de determinadas etapas del conjunto de la humanidad; no es en sí la búsqueda de la verdad acerca de un acontecimiento individual y sólo puede ser interpretada dentro de un conjunto.

El último punto que me interesa subrayar, es que la idea de la imparcialidad, de la objetividad, es también un punto que la historia y el pensamiento han ganado hace mucho tiempo. Me parece que se ha presentado una idea que, para mí, es bastante peligrosa. Se afirma que cualquier historiador parcial representa las ideas, la tradición, etc.; pero esta idea se ha formulado de tal manera, que de hecho parece que el individuo historiador está frente al acontecimiento, frente a la época histórica. De hecho, el historiador es simplemente el exponente de un grupo social. Toda esta cuestión de si un historiador puede ver la misma realidad, en diferentes momentos de su historia individual, de dos maneras distintas, es simplemente el reflejo de que el historiador vive dentro de un mundo en continua pugna.

*El doctor Ramón Iglesia. Lee su ponencia sobre :*

## EL ESTADO ACTUAL DE LOS ESTUDIOS HISTORICOS

Curioso fenómeno el que presenciamos en nuestros días: se ha puesto en tela de juicio todo, absolutamente todo: creencias religiosas y políticas, sistemas económicos, formas de cultura. Y los únicos que parecen reacios a darse cuenta de que existe la crisis son los más directamente obligados a relatarnos cómo la crisis se produce: los historiadores, que insisten en ser los últimos en enterarse.

El historiador sigue viviendo hoy, en la mayoría de los casos, en un *brave, new world*, sin darse cuenta de que son muy pocos los que comparten su optimismo. Basta con hojear las páginas de cualquier libro o de cualquier revista dedicados a estudiar temas históricos para que podamos percibir en el acto el estado de euforia en que sus autores se encuentran: a cada momento tropezamos con alusiones a la maravillosa perfección que estos estudios han alcanzado en nuestros días, a la exactitud y minucia de sus técnicas, a la seguridad de los métodos empleados, acompañado todo ello por un desdén más o menos piadoso hacia los autores de otras épocas, que tuvieron la desgracia de vivir cuando los estudios históricos no habían alcanzado dignidad, plenitud y madurez científicas, cuando se partía de meras conjeturas en lugar de las sólidas aportaciones documentales de hoy, cuando la historia era una forma literaria y sus autores manifestaban tendencias peligrosamente subjetivas en la elección y el tratamiento de sus temas y en la preocupación por el agrado o desagrado que pudieran producirles a sus lectores.

El historiador de hoy se cree culminación de un desarrollo que no nos explica bien cómo se ha producido. Porque lo cierto es que siempre tiene que apelar a sus tristes predecesores que vivían en unas tinieblas de las que él parece haber salido en la primera mitad del siglo XIX en los países más "adelantados", y de las que se esfuerza por salir, penosamente, en todas partes. Pone así a la historia, de un plumazo, entre las ciencias positivas y las técnicas que se supone están en continuo progreso y mejoramiento. La aparta con horror de otras formas de cultura que le habían sido siempre afines: la filosofía, la literatura y las bellas artes, en las que no es posible aplicar esta noción de progreso rectilíneo, y nos da con todo esto una visión totalmente deformada de la historiografía.

En vez de aceptar que cada época humana, que cada país y cada grupo han tenido su historia propia, inspirada por el deseo de ver el pasado desde la perspectiva de un determinado presente, la nivela y unifica, la reduce por entero a la condición de fuente, de materia prima, a la que se acude en busca de datos, de hechos, como él dice, para elaborar las tan decantadas producciones de la historia científica que anulan, cuando son suficientemente sólidas y documentadas, a todo lo que las ha precedido.

Los calificativos que la historia científica al uso emplea cuando elogia o cuando censura, no pueden ser más elocuentes: un trabajo valioso, según ella, es siempre sólido, serio, bien documentado, imparcial, y, en el mejor de los casos, exhaustivo, definitivo; un trabajo malo es superficial, tendencioso, subjetivo, impreciso. Se nota aquí ya la actitud que propende a separar lo más posible la historia de la vida, como si en la proximidad de ambas no estuviera la razón misma de ser de la historia, con todos los peligros que ella supone. El ideal del nuevo historiador —que no es tan nuevo, después de todo— consiste en no existir, en dejar, según él pretende, que los hechos hablen por sí solos. Y lo más estupendo es que al sentar este enorme prejuicio dice que está libre de prejuicios. Que el historiador que no se resigna a esta pasividad de copista es parcial y anticientífico.

Este deseo obsesivo y vano de escribir la historia sin tocar a los hechos —que el científico identifica de modo igualmente arbitrario con los documentos que los relatan— le lleva a insistir cada vez más en lo accesorio, en lo instrumental. Llenas están las revistas especializadas de unas reseñas en las que el valor de un libro de historia se hace depender de la cantidad de autores citados, de la abundancia de notas y bibliografías, de

la profusión de índices analíticos. Lo que ya no encontramos con tanta frecuencia es un juicio sobre el contenido mismo del libro, sobre las ideas que en él se encierran, sobre cuál es la índole de su mensaje, de su aportación para nosotros.

Y es que el historiador positivista pretende que todos los temas merecen el mismo interés, son dignos de idéntica dedicación. Reprocha a los antiguos que se fijaron de preferencia en los momentos de crisis, en las guerras y revoluciones y, sobre todo, en las grandes figuras históricas. Sigue diciendo eso en los momentos en que un puñado de bandidos audaces trae de cabeza a la humanidad entera. El historiador científico, metido en su oscuro rincón, que considera torre de marfil, amontona datos y más datos, esperando a que pase el temporal para luego poder estudiarlo en forma serena, objetiva y desinteresada. Para lo cual tendrá que acudir, una vez más, a los que estuvieron azotados por la tormenta, que serán su materia prima, sus fuentes.

Todo esto es sumamente grave, porque mete a la historia por una vía muerta. El historiador científico no dice nunca, claro está, que él renuncia a la elaboración, la interpretación y la síntesis; pero sí dice siempre que todo eso vendrá más tarde, cuando las actuales generaciones hayan reunido los materiales suficientes. No se da cuenta de que con su criterio microscópico se desarrollan en él, de modo inevitable, una timidez y una inercia mental que a duras penas prepararán el terreno para ninguna síntesis futura; de que su estudio se desenfoca cada vez más, y se limita a aportar una multitud de menudencias que sólo servirán de estorbo para quien desee trazar grandes líneas y quiera darnos algo más sustancioso que estos pobres y áridos resultados de la historia científica que nadie lee, salvo quienes tienen la obligación de hacerlo por razón de su oficio.

Esta tendencia actual de los estudios históricos no sólo ha dejado a la historia erudita sin lectores, lo cual al historiador profesional le trae sin cuidado, pues lo considera un mérito más de su disciplina, que le acerca a los conocimientos científicos especializados innacesibles para el profano, sino que fatalmente produce una selección al revés en los centros de enseñanza superior e investigación. En ellos se prefiere a los muchachos más dóciles, más apocados, menos inquietos intelectualmente, para que lo antes posible se dediquen a reunir ficheros impresionantes sobre temas minúsculos. Con ello se quedan los seminarios de historia sin los jóvenes más valiosos, que orientarán su curiosidad y sus actividades hacia otros campos en los que puedan lograr mayor estímulo y salida. ¡Como si la historia no

debiera ser el tema más apasionante para una persona de alta calidad espiritual!

El historiador científico tiene un orgullo ingenuo, el orgullo de su perspectiva y su estimativa defectuosas. Es el enano encaramado en hombros del gigante, que si descubre algún error, por pequeño que sea, en cualquier historiador que le haya precedido, cree haberlo superado definitivamente. Todos sabemos del gran desdén con que se viene hablando de un Agustín Thierry, de un Michelet, de un Carlyle, de un Macaulay, de todos los que sintieron y vivieron la historia como algo entrañable. De aquí que una época que lo ha historiado todo esté apenas iniciando los estudios de historia de la historia. Lo peor es que se inicien bajo el signo positivista, con lo que ya tenemos algunos repertorios valiosos; pero que no pasan de ser repertorios, en los que brilla por su ausencia en la mayoría de los casos la comprensión profunda del sentido de las obras estudiadas.

No es fácil que un historiógrafo positivista pueda estar dotado de esta comprensión, porque le faltan las bases mismas indispensables para el enfoque del problema; mientras la historia no vuelva a ocupar su rango de estudio humanístico, y el historiador se ponga de espaldas a la filosofía, a la literatura y, lo que es peor aún, a la vida, mal podrá elaborarse una historiografía decorosa. Insisto tanto en la historiografía y no en la teoría de la historia o historiología, como la ha denominado Ortega y Gasset, porque creo que todo conocimiento histórico ha de ser esencialmente descriptivo. En el propio Ortega, que tantas cosas interesantes ha dicho sobre estas cuestiones, no acabamos de ver bien ese sistema de la historia de que con tanta insistencia viene hablándonos. Si ha de haber sistema, tiene que haber primero estudio historiográfico a fondo, como no puede haber teoría de la literatura o del arte sin poetas y novelistas, sin pintores y músicos y arquitectos.

El historiador digno de tal nombre tendrá que ser, como ellos, un creador. De aquí que en la génesis de su obra nos encontremos muchas veces con elementos que no se dejan expresar con facilidad en términos racionales, que son inefables. En los seminarios de historia, como en las escuelas de bellas artes y en los tratados de preceptiva, sólo cabe enseñar lo más externo y rudimentario de la técnica; pero nunca podrá salir de ellos un historiador si el alumno no lleva en sí la semilla. El historiador nace, no se hace. Siempre recuerdo a este respecto la vieja anécdota española del caminante que llega a la posada y pregunta qué hay de comer. "Señor, lo que Ud. traiga", le responden.

Si el recién llegado no tiene madera de ratón de biblioteca, es seguro que se desanimará si le inculcan la idea de que todas las enseñanzas instrumentales que recibe en el seminario son la última palabra y no el comienzo de la labor histórica. No sé cómo no han visto los flamantes historiadores científicos que los grandes libros de historia han sido escritos por gentes que no pasaron por seminarios de investigación. Incluso los más recientes no cumplen con sus requisitos, pues *El Otoño de la Edad Media* está hecho a base de unos pocos cronistas; pero, ¡cómo hablan en manos de Huizinga!

He aquí otro problema que no se comprende cómo ha escapado a la atención de los historiadores científicos, tan acuciosa en otros terrenos: el de que los documentos no hablan por sí solos, como ellos pretenden, en forma única, sino que sus lenguas son múltiples, según las personas que los manejan. Querer estudiar la historiografía y no aceptar el hecho de que es un continuo cambio de perspectiva, de que hay siempre una forma de visión que se les *impone* a los hechos estudiados, es marchar en el vacío. ¿Cómo se puede pensar que es un simple problema de documentación la simpatía o repulsión que unas épocas sienten hacia otras? Si se nos dice que el desdén por la Edad Media se debió a un conocimiento insuficiente, subsanado más tarde —aun suponiendo que ese interés posterior por la Edad Media no estuviera en sí mismo condicionado ya por la repulsión hacia el XVIII que sintieron los románticos—, ¿es que puede decirse lo mismo de las actitudes hacia el Renacimiento o la Revolución Francesa? No creo que nadie pueda mantener en serio que la estima o la repulsión dependen de falta o sobra de monografías.

Aterra pensar en lo toco de la crítica historiográfica, cuando se la compara con lo que han hecho la crítica literaria y la historia del arte. Y es que la historiografía actual está empeñada en una tarea vana; en llegar a unos resultados incommovibles, sólidos, inmutables, cuando la historia es toda cambio, devenir. ¿Cómo puede pretenderse alcanzar lo incommovible y lo inmutable en la historia? ¿Por qué no se ha de preferir lo flexible a lo sólido, lo problemático a lo definitivo?

En la busca frenética de lo sólido y lo definitivo se ha dado de lado a aspectos que en la historia son esenciales. ¿Qué historiador científico, por ejemplo, ha producido una biografía que valga la pena? ¿Cómo se puede trazar la semblanza de un personaje aplicando sus métodos? Ah, se me dirá, es que el individuo es algo anecdótico, pasajero y nosotros buscamos terreno más firme. Véase, si no, el auge que ha tenido entre los científicos,

la historia de las instituciones. Como si las instituciones no las crearan los hombres, determinados hombres, éste y aquél y el de más allá.

El historiador imita en todo momento las pautas que toma de una ciencia física caducada, que pretendía poder repetir un experimento tantas veces como quisiera, dadas determinadas condiciones. Esa regularidad buscaba el científico — y el historiador que suspira por parecerse a él. Eso es precisamente lo que no se produce en los hechos humanos; y si se produce, es en zonas que no interesan a la historia. No tiene categoría histórica el que yo tome todos los días el desayuno de la misma manera. Sí la tiene —para mí, por lo menos— el haber tomado parte en la guerra de España, y la tendría para los demás el que yo fuera capaz de dar un relato de mis experiencias en ella, experiencias personales, pero que la calidad del relato debería realzar a un plano superior.

Lo malo es que hoy no es fácil hacer esto. Hemos perdido espontaneidad, hemos perdido el sentido de ver las cosas de frente y la capacidad de relatarlas. Felices los tiempos en que un Bernal Díaz podía contarnos lo que había visto, lo que había vivido, sin pensar en notas ni bibliografías. Y sin ir tan lejos, los tiempos en que un historiador como Macaulay encontraba inspiración en las novelas de Walter Scott. Novelas que para mí son más *verdaderas* que las sólidas monografías de muchos colegas, porque su poder de evocación es infinitamente mayor, porque nos hacen vivir la época que describen y los personajes que nos presentan. De aquí que considere funesta la *prédica* contra la historia como arte y la rebusca entre los presuntos historiadores de los más rígidos y los menos inquietos espiritualmente. Dichoso el que de joven se pierde y se desorienta en sus lecturas y no aspira tan sólo a una prematura especialización, para llegar lo antes posible a unos resultados que han de ser forzosamente deleznable.

Se le quiere dar a la producción histórica un ritmo continuo, de trabajo a la cadena, que es imposible de lograr. No todas las épocas ni todos los lugares son igualmente aptos para ella, como no lo son para la producción artística o literaria, o filosófica. No son malas las catástrofes, las guerras y revoluciones, anatematizadas por los científicos como destructoras de documentos, sino todo lo contrario, pues ponen al descubierto muchos aspectos del ser humano y despiertan o aguzan su conciencia histórica. Que lo digan, si no, desde Herodoto y San Agustín, hasta los corresponsales de nuestros días.

He aquí otra deformación curiosa de los positivistas, el que estos hechos básicos de la historia, estos momentos de viraje de pueblos y culturas, se despacharan con el nombre de historia externa, como algo superficial y episódico. Que nos demuestren a nosotros que la guerra de España y su prolongación por todo el mundo son historia externa. Por si no estuviera aún suficientemente claro, vemos aquí que la idea de la historia de los positivistas es una concepción entre otras muchas, y que nada tiene de única. Es reflejo de una época racionalista, liberal, laica, antimilitarista, progresista, que creía haber encarrilado a la humanidad de modo definitivo por la vía ascendente de los conocimientos científicos y técnicos.

Estas ideas, como todas las ideas cuando se arraigan bien, se convirtieron en creencias, en algo entrañable, que se da por supuesto y que no se discute. Así el historiador científico de hoy nos considera a quienes no compartimos su actitud como elementos disolventes, poco serios y a los que no se puede tomar demasiado en cuenta. Habría que recordarle, con palabras de Croce, que el ideal progresista, mecánico más que científico, de la imitación de las ciencias culturales, en lugar de ser la perfección para los estudios históricos, es una de las muchas deformaciones que han sufrido en su trayectoria. En realidad se trata, añadiríamos nosotros, de algo inevitable y justificado en el momento en que se produjo. Frente a un tipo de producción histórica excesivamente declamatorio y arbitrario, estaba bien hace unas décadas la apelación al documento y a la erudición a palo seco; pero bastante hemos insistido ya en el trabajo preparatorio. Tanto, que se nos ha olvidado que es preparatorio.

He aquí la raíz de nuestra oposición a los historiadores científicos. Ninguno de los que no compartimos su actitud preconizamos, naturalmente, la vuelta a una historiografía desenfadada y arbitraria, de tipo declamatorio, que se nos señala como especialmente peligrosa, en estos países de la América española, en que las gentes son más ricas en imaginación que en paciencia. No se trata para nada de renunciar a la corrección en las labores previas del manejo de los materiales. Lo que se trata es de romper el fetichismo del documento inédito y de afirmar que su busca y publicación es la tarea más elevada del historiador. ¿Para qué publicar, después de todo, documentos, si sólo los inéditos tienen interés?

Lo que hay que predicar con insistencia es que el documento no es nada en sí, que tiene que ir acompañado por una actitud tensa por parte del historiador, que la interpretación, la selección, la elaboración, el punto

de vista no son sus pecados, sino sus virtudes. Y aceptar de una buena vez que la verdad histórica no es una sino múltiple, según los lugares y las épocas, lo cual podrá darnos algún día una historiografía, rica, multiforme, como lo son las historias de la filosofía, la literatura y el arte. ¿Se nos ocurriría indignarnos con un poeta o con un filósofo porque nos dan una visión parcial de la realidad, su visión? ¿Por qué el historiador ha de ser de distinta naturaleza que ellos? Lo que importa es que su visión, forzosamente parcial, de la realidad, sea intensa y rica, pues es la única forma en que podrá tener sentido amplio y humano. Todo lo demás es un triste esfuerzo por lograr la objetividad del directorio de teléfonos. Y si en los pueblos de América española los jóvenes son más ricos de imaginación que en otros lugares, lo que tenemos que hacer los dedicados a la enseñanza de la historia es encauzar y controlar debidamente esa imaginación; pero de ningún modo pretender suprimirla. Se puede canalizar un torrente; pero nunca dará agua un cauce seco.

#### TERCERA SESION

#### La preside también el doctor Caso

*El doctor Gaos.* Hace un resumen no tanto de los puntos a que se había llegado en las sesiones anteriores, cuanto de algunos que quedaron pendientes en discusión. Uno de ellos se refiere al problema de las categorías históricas. El concepto con que se organiza la sucesión y concatenación de hechos históricos, es una noción categorial. Por ejemplo, puede ser entendida como categoría causal. En el debate de este tema participa con el doctor Gaos el doctor Medina. Con ello se reanuda la discusión de temas ya planteados en la 1ª Sesión: temas de metodología y de filosofía de la historia. Se trata de encontrar los matices de diferencia entre el historicismo y el relativismo, en relación con la posibilidad y el sentido de la verdad histórica.

Conexo a este problema está el del método: el del criterio histórico, el de la manera de valuar el documento histórico y de operar con él. En realidad, este punto fué el que originó el debate entero, el que suscitó la idea misma de celebrar estas reuniones, pues había desde el principio manifiesta discrepancia. Hay quienes conciben el menester histórico como

acumulación de documentos, o de papeletas referentes a ellos, y consideran la validez científica de la historia como algo suficientemente apoyado en el vigor de esas averiguaciones y anotaciones. La inclusión de una idea —idea personal— en el relato historiográfico, parece entonces perturbar la objetividad y la validez científica del trabajo. Hay, en el extremo opuesto, quienes consideran el documento como simple punto de referencia vital que hace el historiador desde su presente hacia el pasado. El valor del documento está pues en relación con la idea filosófica —explícita o implícita— de la verdad histórica.

Sobre estas cuestiones tomaron la palabra, además, el doctor Caso, el doctor Kirchhoff, el licenciado O'Gorman, el señor Arnáiz y Freg, el doctor Isso Brante Schweide, el señor Justino Fernández y algunos estudiantes.